

JESUCRISTO VINIENDO EN CARNE!

La Iglesia de Dios de la Fé de Jesús

Tomo: III, No. 139

A medida que ahondamos en la investigación de las eternas verdades de la Biblia, nos estremece la conmovedora realidad de un mundo que naufraga en el error. La causa de esto desde el punto de vista religioso-eclesiástico-doctrinal, tiene su origen en la criminal falla de los llamados traductores o versionistas de la Biblia. No hay una sola versión, ni siquiera aquellas que muestran el texto griego, cuya traslación a otras lenguas, no esté influida por la interpretación compulsiva, obsesiva y tendenciosa de las doctrinas dominantes en los ámbitos eclesiásticos.

Esto nos hace revelarnos y decidarnos por la denuncia del error con todas sus consecuencias, confiando en que Dios nos asistirá.

Sostenemos el principio de que la Biblia se interpreta a sí misma y negamos que sean los cuerpos colegiados o supuestamente canónicos, los únicos con autoridad exegética y más aún que un solo hombre ya sea fundador o sumo dirigente espiritual, se reserve el derecho de la interpretación al margen de las reglas que marcan las propias escrituras del canon.

Objetamos con todo el derecho de ser hijos de Dios, la letal osadía de los versionistas de interpretar en vez de traducir; ya que el asunto más delicado es el de la salvación y en este, más que en ningún otro, debe haber total imparcialidad. El traductor debe concretarse a traducir lo más literalmente posible, sin interpolar ideas, sugerencias o comentarios en pro o en contra de ideas preconcebidas por mas aceptadas o rechazadas que sean.

La traducción es privilegio de quien tiene el dominio de los idiomas originales del texto sagrado. La interpretación es privilegio del creyente, del estudiante de la Biblia, del predicador, del comentarista, del exégeta, del ministerio y hasta del simple lector; pero ¡nunca, jamás del traductor! El texto inspirado debe trasladarse inalterado, para que la verdad pueda ser conocida y permanezca como tal.

El escriturista que, en vez de traducir, interpreta, falta a su más elemental responsabilidad, y con ello causa perdición, condenación y muerte, ya que propicia el error, con todas las agravantes y contra las claras advertencias del autor divino, verdaderamente preocupado porque se conserve la fidelidad de su mensaje. Vea (Apocalipsis 22:18,19; Proverbios 30:5 y Deuteronomio

4:2).

Los traductores tienen una lección que aprender de los antiguos transcritores del texto hebreo, llamados escribas, masoretas o soferim, que, para preservar la exactitud del texto sagrado, contaban las palabras y cada una de las letras de sus copias, y si encontraban el menor error en una sola letra, desechaban toda esa parte del rollo y la volvían a transcribir hasta que quedaba perfecta. Consideraban grave pecado escribir algo de memoria, y para evitarlo, leían en voz alta cada palabra antes de escribirla. Tal era su temor y respeto por la palabra de Dios, que oraban y limpiaban su pluma antes de escribir la palabra Dios o Señor y se lavaban el cuerpo entero antes de escribir el sagrado nombre de Jehová.

El trabajo del traductor es de mayor responsabilidad, ya que no solamente ha de copiar con simple exactitud, sino que debe trasladar de un idioma a otro cada palabra, con la mayor fidelidad posible, libre de toda influencia, prejuicio o parcialidad. Esto es necesario porque Dios ha dicho de sí mismo “las palabras de Jehová, palabras limpias, plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces” (Salmos 12:6).

Algunos preocupados por la vulnerabilidad de sus doctrinas, y deseando mantener en cubierto el error, han pervertido la verdad de un inspirado pasaje, tratando de impedir el estudio y análisis científico de algunas doctrinas dudosas, pero de gran éxito popular. En la mayoría de las versiones en español aparece el pasaje de (2 Pedro 1:20,21) así: **“Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la escritura es de particular interpretación”**. Mas el texto griego dice: “Esto primero conociendo que toda profecía escrita por propia solución no se hace”; y Pedro explica por qué: “Porque ninguna profecía fue jamás traída por voluntad humana”. Se refiere entonces a la transmisión de la profecía por medio de la inspiración del Espíritu Santo, y no a la interpretación de la misma. Por el mismo hecho creemos que el único intérprete infalible es el Espíritu Santo, por su calidad y autoridad de autor, lo cual dio base a Juan para decir: “Vosotros tenéis la unción del Santo y conocéis todas las cosas; pero la unción que vosotros habéis recibido de Él mora en vosotros, y no tenéis necesidad de que alguien os enseñe, más la unción misma os enseña de todas cosas, y es verdadera y no es mentira, así como os ha enseñado perseveraréis en ella” (1 Juan 2:20,27).

Este es el concepto original de la interpretación, conforme al cual veremos en la propia escritura LA IDENTIFICACIÓN DEL ANTICRISTO.

Es Juan quien nos da la fórmula de identidad así: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas son salidos en el mundo. EN ESTO CONOCED el espíritu de

Dios: Todo espíritu que confiesa que JESUCRISTO ES VENIDO EN CARNE es de Dios. Y todo espíritu que no confiesa que JESUCRISTO ES VENIDO EN CARNE, no es de Dios. Y este es el espíritu del anticristo, del que vosotros habéis oído que ha de venir Y QUE AHORA YA ESTA EN EL MUNDO” (1 Juan 4:3). Los intérpretes, “Los padres de la iglesia” y los comentaristas se siguen unos a otros al considerar estos pasajes, y van tras la idea de la encarnación del Señor en su primera venida.

Es cierto que Juan tenía problemas con los judíos, que negaban a Jesús como Mesías o Cristo, y con los paganos que lo rechazaban en todos sentidos (1 Juan 2:22,23 y 5:10); pero aquí el asunto es otro; con esta fórmula Juan desea que se identifique no a los judíos, ni a los paganos, sino a los falsos hermanos “salidos” de la misma iglesia (1 Juan 2:19). “Salieron de nosotros”. “Muchos pseudo profetas han salido AL mundo” (4:1). “Pues muchos engañadores salieron al mundo, los que no confiesan a Jesucristo VINIENDO (HERCHOMENON) EN CARNE” (2 Juan 1:7). Esto hace evidente que Juan no se refiere a la primera venida del Señor, ni tampoco a una venida futura, sino a algo con sentido presente, activo y vigente. “ES VENIDO en carne”; la palabra en griego es ELELUTOTA, misma que Bonnet reconoce como participio presente con acción continua. En la segunda carta Juan confirma su dicho y aclara: “No confiesan a Jesucristo viniendo en carne. Y remarca: “Este es el engañador y el anticristo”. Con esto deja el asunto fuera de toda duda y nos muestra que todas las versiones que traducen “ha venido en carne”, tienen la marca del anticristo y se nos alerta para identificarlo.

Probado esto, la pregunta obligada es: ¿Cómo Jesús ES VENIDO O ESTA VINIENDO EN CARNE? Aquí hay un misterio espiritual, cuyo conocimiento hasta hoy es vedado al mundo.

Cuando uno de sus apóstoles preguntó a Jesús: “¿Cómo es que vas a manifestarte a nosotros y no al mundo? (Juan 14:22). Porque les había dicho: “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros; el mundo no me verá; pero vosotros me veréis” (Juan 14:18,19). Y le contestó: “VENDREMOS Y HAREMOS MORADA con el que me ama y guarda mi palabra” (Juan 14:23).

En armonía con esto, Pablo también dijo: “Dios envió el espíritu de su Hijo a nuestros corazones” (Gálatas 4:6). “Empero SI CRISTO ESTA EN VOSOTROS” (Romanos 8:10). “Ya no vivo yo, MAS CRISTO VIVE EN MI...” (Gálatas 2:20). “Pues vosotros SOIS EL CUERPO DE CRISTO y miembros en parte” (1 Corintios 12:27). “Porque SOMOS miembros de su cuerpo, DE SU CARNE Y DE SUS HUESOS” (Efesios 5:30). “El cuerpo sin espíritu está muerto” (Santiago 2:26). “Por su Espíritu que mora en nosotros” (Romanos 8:11). “Mirad YO ESTOY a la puerta y llamo; si alguno oyere mi

voz y abriere la puerta, ENTRARE A EL y cenaré con él y él conmigo” (Apocalipsis 3:20).

Sí, nosotros somos la carne a donde Jesús está viniendo; SOMOS SU PROPIA CARNE. Esta venida de Jesús en espíritu es menospreciada por todos, y en vez de CONFESAR esto, prefieren creer que el Señor vendrá en carne, para lo cual sería necesario que nos dejara huérfanos de su presencia interior, tal y como ha estado viniendo a nosotros desde los días de Juan.

A esto se refiere Juan al decir: **“Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido!”** (2 Juan 10). Y ESTA DOCTRINA es la que ha sido distorsionada, transformada y olvidada. Recuérdese entonces que la doctrina del anticristo nació AHÍ, con los que “salieron de nosotros”, según Juan y que la forma de identificarlos que este apóstol nos legó, sigue siendo tan válida hoy, como cuando él la pronunció. Pregúntese usted, ¿quién confiesa hoy a Jesucristo viniendo en carne?

¿No cree usted que el anticristo ha hecho todo lo posible por desvirtuar la forma inequívoca de descubrir lo que la Biblia contiene? ¿Cree usted que se cruzaría de brazos sin hacer nada?

La obra del anticristo es de doble acción; borrar las evidencias de la verdad e imbuir en la mente de cuantos le permitan, doctrinas contrarias a las del Señor.

El anticristo no es uno, sino muchos. No es un hombre, sino un espíritu. No va a venir, sino que apareció desde los días de los apóstoles. No es un enemigo declarado, sino encubierto. No predica abiertamente contra Cristo, sino en el nombre de él. Si Jesús dice que está con nosotros hasta el fin, él dice que será hasta el fin cuando venga.

La cuestión entonces es: JESÚS ESTA AQUÍ, llama a la puerta de tu corazón; o le abres para que viva en ti para siempre, o le niegas la entrada y te pierdes en la eternidad sin Dios y sin esperanza. Jesús enseñó cosas que ahora todos contradicen y tú debes elegir entre aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida, o aquel espíritu que sutil e inadvertidamente contradice su palabra.